

**UN PASEO POR LA HISTORIA,
ESA INMENSA TEORÍA
DEL CAOS**

La peor moraleja que aprendimos sobre la historia es que ésta tiene moralejas. Los profesores y los libros siempre lo han manifestado así cuando repiten aquel adagio de que la historia estudia el pasado para que podamos aprender de él. Como la mente humana prefiere las teorías que la realidad, nos aferramos a esta teoría, aunque seis mil años de realidad en la historia de la civilización humana nos indiquen que jamás hemos aprendido nada del pasado. Si nos limitamos a hablar de México, esto es particular y dolorosamente cierto.

La historia, el devenir del tiempo, no es una lección, un experimento moral, ni una línea recta en perpetua evolución. Es, eso sí, una oportunidad. La historia es más como una telaraña infinita, una red cósmica en la que todos los puntos se unen en algún momento con todos los demás. Una gran interdependencia de sucesos, una inmensa teoría del caos que nos une y demuestra que todos somos uno y lo mismo.

Todo esto es así, por más nacionalistamente que en México nos contemos nuestra historia, como avestruz que

esconde la cabeza en las arenas del pasado, mirándonos el ombligo como si en vez de pelusa, ahí hubiera respuestas. Nuestro ombliguismo histórico no va a llevarnos a ningún lado.

En esa inmensa red, toda historia puede ser comenzada a contar desde cualquier punto hacia cualquier otro, pasando por todos aquéllos que elija el narrador. Todo es una cuestión de narrativa, y ahí es donde entra aquello de que la historia la escriben los vencedores.

Esa narrativa le da a un pueblo una memoria colectiva, y resulta evidente que una narrativa diferente ofrecería una memoria diferente, con otras ideas y otros recuerdos, otros mitos y otros traumas, otros complejos y otras aspiraciones, otros aliados y otros enemigos, otros sueños y otros ideales; todo esto, evidentemente, daría como resultado otra mentalidad y, por añadidura, otra realidad.

Así como todos los individuos tienen la capacidad de reinventarse y transformarse para tener otra situación vital, cualquier país puede experimentar lo mismo. En ambos casos hay que soltar el pasado y hacernos conscientes de los condicionamientos mentales que repetimos. México puede tener otra situación, pero para lograrlo debemos cambiar la historia que nos contamos de nosotros mismos; cambiar nuestro pasado, ya que finalmente éste no es más que una ficción, una narrativa.

Finalmente, el pasado no existe; el pasado es memoria, y esa memoria, a nivel colectivo, depende del que cuenta la historia, de la narrativa que se hace desde el poder... Y ya es momento de que el poder recaiga en los individuos, los únicos que podemos y queremos cambiar nuestra historia.

Podemos narrar los hechos de modo que seamos producto de una conquista, y repetir eso a los niños de generación en generación hasta que, sin lugar a dudas, seamos un pueblo conquistado, y nos preguntemos por qué no salimos adelante. También podemos contarnos una historia de nosotros mismos en la que somos el nuevo pueblo elegido de Dios, con una nueva tierra prometida, y el dominio del planeta como destino, y repetir eso de generación en generación hasta que conquistemos el mundo.

Lo anterior constituye los cimientos de los discursos de México y Estados Unidos. Esa es la única diferencia entre ambos países: la narrativa, las historias que nos contamos de nosotros mismos. Los hechos del pasado no cambian, pues el pasado está muerto; tenemos el territorio y los recursos; lo único que puede cambiar son las ideas, y es con ideas como una nación puede forjarse un futuro. Las ideas son el único recurso que importa, y ya es tiempo de asumir que algo no ha funcionado bien con las nuestras.

Ésa es la razón por la que los gringos le sacaron a “nuestro territorio del norte” un provecho que nosotros jamás le sacamos, ni le hubiéramos podido sacar. Ellos obtuvieron riqueza donde nosotros teníamos un páramo desolado, porque sus ideas eran distintas, derivadas de la historia que siempre se han contado de sí mismos.

Lo que hoy somos es lo que es, y no podría ser de ninguna otra forma, precisamente por aquello de que el *hubiera* no existe. La realidad es lo que es, las cosas son exactamente como son, y ésa es la única moraleja posible. Negar la realidad nunca la ha transformado, y revivir el pasado nunca ha mejorado el presente. Es imposible aprender del pasado, porque no

existe, y porque los hechos, las lecciones y los aprendizajes del pasado, corresponden a las circunstancias del pasado.

Lo único que existe del pasado en el momento presente son patrones y condicionamientos, y México viene arrastrando patrones anquilosados, arcaicos y muy poco funcionales que seguimos trayendo hasta nuestros días desde el siglo XVI, y a veces más atrás.

Los patrones y los condicionamientos se repiten por inconsciencia, porque no los vemos o, peor aún, porque estamos identificados con ellos, por más disfuncionales que sean, porque nos hemos dicho que eso es lo que somos. Le llamamos identidad, y no sirve para nada. La identidad es una versión estática del pasado que trata de controlar el presente y el futuro, un pasado muerto que se impone sobre un presente al que le impide estar vivo.

La existencia es un flujo continuo donde nada se repite, por más que la mente humana se aferre a determinados patrones. Mientras sigamos tomando como referencia el pasado y lo proyectemos al futuro, todo será como siempre. Decir que la historia se repite es culpar a la historia de la inconsciencia humana. La historia no se repite; nosotros hacemos que se repita precisamente por concentrarnos tanto en el pasado, y replicar hoy las ideas, las conductas, los patrones y los condicionamientos de ayer.

Es absurdo juzgar moralmente la historia o lamentarse de ella. Todas las culturas nacen, se desarrollan y caen, y llegado el momento y dadas las condiciones propicias, se mezclan, se funden y se confunden, y crean otras nuevas. Nunca en la historia de toda la actividad humana esta fusión se ha dado en forma pacífica, porque así de mamíferos y homíni-

dos somos los humanos, pero todo lo que hoy *es*, es resultado de ese proceso.

Entendámoslo a nivel personal: cada uno de nosotros tiene dos papás, cuatro abuelos, ocho bisabuelos, dieciséis tatarabuelos y treintaidós de lo que siga hacia arriba; luego sesenta y cuatro, y más arriba ciento veintiocho ancestros en línea directa; una generación más arriba serían doscientos cincuenta y seis. Bastaría con quitar a *uno* de ellos para que cada uno de nosotros *no* existiera, y bastaría, evidentemente, con quitar el más mínimo detalle de la historia para que eso ocurriera.

Lo que hoy somos es lo que es, y no podría ser de ninguna otra forma. Insisto e insistiré: si los españoles no nos hubieran conquistado... México y los mexicanos, los que hoy somos y como hoy somos, no existiríamos, y los que hoy se lamentan del pasado no estarían aquí para poder lamentarse.

Que estúpido sería que los europeos de hoy se quejaran de la caída del Imperio romano en manos de los llamados bárbaros. La gran migración de los pueblos germanos acabó con ese imperio y toda su cultura, y generó otra: los europeos de hoy, descendientes de esa catástrofe cultural que eventualmente generó un renacimiento. Todo se transforma.

Que irracional sería que los españoles repudiaran —muchos sí lo hacen— la invasión árabe de Iberia, con la que dejó de existir el reino de los visigodos, pero engendró la España de hoy, con lo que, por cierto, si los árabes no hubieran conquistado Iberia, México, como es hoy, tampoco existiría... Y es que así de finos y sutiles son los hilos que teje la trama de la historia, de esa inmensa y maravillosa teoría del caos.

Si los iraníes no hubiesen invadido el Indostán hace tres mil años, hoy no habría India ni hinduismo y, por lo tanto, tampoco budismo. Ni habría existido el mitraísmo, religión desprendida del mazdeísmo iraní, que entonces nunca hubiera influido en Roma y en los esenios, con lo cual tampoco habría cristianidad, porque de ahí surgió ésta; y los mexicanos, que no existiríamos, no tendríamos a la virgen-cita de Guadalupe.

Si los mongoles no hubieran invadido Asia en el siglo XIII, no hubiera habido expansión del budismo ni del Islam, y nada de lo que hoy conforma Asia sería como es, comenzando por China... Y, claro, nada de esto habría pasado si la humanidad no hubiera invadido la totalidad del planeta desde su cuna en África. En resumen, si el pasado no fuera exactamente como fue, nada de lo que hoy es sería como es.

Hace doscientos mil años, días más, días menos, la especie humana dejó su cuna africana y comenzó a descubrir, a colonizar y, de alguna forma, a conquistar todo el planeta. Y, claro, si eso no hubiera ocurrido no habría hombre americano, y los españoles, que evidentemente tampoco habrían existido, hubieran encontrado vacío el nuevo mundo, y México simplemente no sería, y desde luego Estados Unidos habría corrido la misma suerte.

Todo fin del mundo es el principio de otro. Un mundo se terminó en 1492, acabó la Edad Media europea y la Iglesia católica se quedó en el pasado con el ascenso papal de Rodrigo de Borja. Derivado de lo anterior hubo una Reforma protestante, sin la cual no existiría ningún país nórdico de Europa, tal como son hoy, no habría existido el calvinismo ni las persecuciones religiosas, y por eso mismo los

puritanos no habrían navegado a Norteamérica para, con el tiempo, crear los Estados Unidos... Y obviamente esos desgraciados gringos *no* nos hubieran robado el territorio del norte, que no habría sido nuestro porque no hubiéramos existido nosotros.

A partir de 1492 el oro y la plata de América consolidaron el absolutismo real en Europa, gracias a lo cual la Iglesia comenzó a perder poder, y derivado de ello hoy tenemos ciencia en vez de hogueras inquisitoriales. Sin el absolutismo real y el comercio no habría prosperado la burguesía, la cual nunca se habría rebelado contra los monarcas, y la democracia, y la libertad que de ella emana, no se hubiese generado.

En ese panorama no habría habido Revolución francesa, no habríamos tenido a Napoleón, que nunca hubiera invadido España, con lo cual nunca se habrían dado las revueltas de independencia en América, aunque en realidad sin todo este proceso tampoco hubiera habido criollos en América, descendientes de los conquistadores que encabezaran una independencia que no hubiera sido necesaria porque nunca hubiera habido conquista.

Todo lo que fue es así, y no pudo ser de otra forma. Todo lo que fue es así, y somos el resultado de ello. Nada hubiera podido ser distinto... Y aunque hubiera podido serlo, no fue, y eso no tiene remedio. Cada detalle del mundo de hoy es resultado de cada detalle del pasado. Es inútil luchar contra eso. La única moraleja que podemos y debemos aprender del pasado, es que hay que soltarlo para siempre; de lo contrario, sí estaremos condenados a repetirlo.

**ÉRASE UNA VEZ
EN EL CIELO...**

Dios, que en realidad nunca ha sido muy serio, sino más bien travieso y juguetón, estaba muy circunspecto. Escuchaba el himno nacional mexicano, y no estaba nada contento con las calumnias que dicha oda a la violencia hacía sobre su divina persona.

—¿Qué demonios es eso de que su destino fue escrito por el dedo de Dios? Yo no tengo nada que ver en eso, ni siquiera tengo dedos. Y ya estaría bien que dejaran de pedirme que Yo les haga todo, y luego para colmo me endilguen su destino.

Lo anterior ocurría en una audiencia en la que dos ángeles lo interrogaban acerca del mal trato que le daba a ese rincón del planeta llamado México, que por más que le echaba ganas no lograba salir adelante, y que en contraparte hubiera sido tan pródigo con ese otro rincón, un tanto más al norte, conocido como Estados Unidos, donde aparentemente todo les salía bien.

—A Mí que me registren, y que me vaya Yo al infierno si tengo algo que ver en todo ese asunto.

—Bueno —respondió uno de los querubines—, ambos pueblos aseguran que Tú inventaste sus países.

—Sí —añadió el otro—, los mexicanos aseguran que escribes su destino, te rezan mucho todo el tiempo, dicen que te gusta que sean pobres y que por eso se van a ir al cielo, y no dejan de decir cosas como: “Si Dios quiere”, “Que sea lo que Dios quiera”, o se consuelan argumentado: “Ya estaba de Dios”. Están convencidos de que todo es culpa tuya.

—Sí, claro —respondió el Señor (que si es creador seguramente es Señora, pero acordaremos decirle Señor para no confundir)—, también se la pasan diciendo eso de que a Mí rogando y con el mazo dando, pero sólo ruegan y nunca dan mazazos; o eso de que al que madruga Yo lo ayudo, cuando el que madruga se está ayudando solo. Además, pongan atención, nunca me rezan a Mí, sino a once mil distintas versiones de supuestos santos y vírgenes.

—Pero los gringos ponen en sus billetes que en Ti confían (IN GOD WE TRUST) —retomó la palabra el primer querubín—, y sus presidentes se la pasan asegurando en sus discursos que Tú los bendices (GOD BLESS AMERICA), y además sus teorías calvinistas dicen que te gusta que prosperen y que sean ricos, mientras las teorías católicas de los otros dicen que los prefieres pobres. Todo es muy contradictorio.

—¿Y Yo qué tengo que ver con todo eso del catolicismo y el calvinismo? —preguntó Dios, asombrado—. Son sólo eso que dices: teorías sobre Mí, teorías que nada tienen que ver con la realidad, y que desde siempre han sido utilizadas para mover a los pueblos de un lado para otro; me asombra que no lo hayan aprendido estudiando historia. Yo no tengo la culpa de que se dejen engañar por unos y por otros; para eso les di la libertad.

—Es que ahí también hay contradicciones —señaló el otro querubín—. Los católicos se la pasan diciendo que los hiciste libres, mientras que los calvinistas aseguran que todo está escrito y determinado por Ti desde el principio.

Fue aquí cuando Dios volvió a su carácter de costumbre y no pudo evitar una sonora carcajada.

—Ahí lo tienen —dijo sonriente—: un México católico, que por lo tanto cree en su libre albedrío, pero que en su himno asegura que Yo escribí su destino, y efectivamente me hacen juez, parte, cómplice y causante de todas sus desgracias y sus alegrías. Y miren a esos gringos: dicen creer en el destino, toda su ideología política está basada en eso que llaman destino manifiesto, la idea de estar destinados por Mí para conquistar el mundo, pero no esperan a ver si Yo hago las cosas y se ponen a trabajar para lograr el destino que dicen que les escribí.

Los querubines estaban desconcertados de que Dios les hablara abiertamente de política e ideología, dos cosas en las que normalmente nunca se entrometía. Bien sabido era que desde el séptimo día sólo se dedicaba a descansar, a contemplar la creación sin juzgarla y a tomar margaritas de tamarindo. Pero como en realidad nadie conoce sus inescrutables designios, querían saber si todo estaba o no prestablecido y determinado. Con Dios nunca se sabe.

—En el fondo —dijo uno de los ángeles— parece que ambos creen que Tú eres el causante y responsable de todo lo que ocurre en sus países.

—Los dos tienen mucho territorio —dijo el Señor—, ambos poseen recursos de todo tipo; tienen costas y desiertos, bosques y montañas, zonas fértiles e infértiles; tienen

oro y petróleo, buen y mal clima, agricultura variada, todo tipo de flora y fauna, una inmensa biodiversidad. Los dos tienen todo lo necesario para prosperar, más que muchos otros pueblos y países; ninguno está en ventaja o desventaja. Todo lo que Yo puedo darles ha sido dado.

—¿Y la genética? —preguntó uno de ellos—. Es un argumento que usan mucho a los dos lados de la frontera.

—Saben muy bien que eso no tiene nada que ver. No existen las razas. Todos los humanos son esencialmente iguales, tienen los mismos genes aunque con distinto acomodo. Modestia aparte los hice a todos perfectos. En esos dos pueblos hay mezcla de todo tipo de culturas; en ambos países se combinó casi todo el mundo, aunque de forma distinta y en distintas circunstancias. Los dos son talentosos y creativos; hay mucha inteligencia de los dos lados, tienen genio y aptitudes. Los dos tienen todas las posibilidades.

—Entonces por qué hay tanta diferencia —preguntaron el unísono.

El Señor sonrió.

—Lo único que cambia es lo único que Yo no puedo darles, lo que no depende de Mí sino de ellos: las ideas con las que llenan las mentes que Yo les di en blanco, precisamente para que sean libres. Sus formas de ver e interpretar el mundo. Ahí está la diferencia.

Los dos pequeños ángeles se miraron el uno al otro con duda.

—¿Y quién tiene la razón? —preguntaron.

—Los dos la tienen y ninguno la tiene —respondió el Señor con una sonrisa que se convirtió en carcajada al ver el rostro de desconcierto de sus ángeles—. Está decidido

—agregó—, ustedes van a experimentarlo, pues no hay otra forma de descubrir las cosas que la experimentación. La realidad siempre es más amplia que las teorías necias que pretenden abarcarla.

Los dos parecían emocionados. Los ángeles no suelen experimentar nada que no sea alabar a Dios por toda la eternidad y de pronto se les presentaba la oportunidad de conocer la experiencia humana.

—Los dos van a nacer en La Tierra —les dijo Dios—. Serán niños humanos. Tú nacerás en México —le explicó a uno—. Te llamarás Juan. Tú nacerás en Estados Unidos —le dijo al otro— y te llamarás John. Ustedes buscarán sus propias respuestas.

Nacer en México, pensó Juanito, qué gran oportunidad. Todo ese folclor y esa alegría, todo ese canto y ese baile, ese talento y esa creatividad, tanto tequila y tanta fiesta, tantos amigos y gente cálida, tanta espiritualidad... Y con mis conocimientos angélicos voy a poder ayudar mucho para que progresen.

Nacer en Estados Unidos, pensó Johncito, qué gran oportunidad. Toda esa ciencia y tecnología, toda esa abundancia material y las oportunidades que ésta otorga, el mundo al alcance de la mano; todo ese crisol de culturas y esas maravillosas universidades, todo ese progreso y desarrollo... Y con mis conocimientos angélicos voy a poder ayudar a que sean más espirituales.

—Nada de eso —les dijo Dios—. Nacerán como todos, con la mente en blanco, con un lienzo para plasmar en él lo que sea. Sin ideas ni conocimientos previos, sin prejuicios ni concepciones predeterminadas. Serán niños, y todos los

niños son iguales, todos son una oportunidad, un nuevo comienzo, un sinfín de posibilidades. Todos son una esperanza.

Los ángeles perdieron la sonrisa. Vivir la experiencia humana desde su conciencia angélica parecía maravilloso, pero vivir esa experiencia desde la inconsciencia que caracteriza a los seres humanos se veía muy distinto. Dios, que finalmente todo lo sabe, notó su desasosiego.

—Sólo así podrán experimentar lo que les digo: las ideas que reciban en sus mentes son las que determinarán todo. Ustedes nacerán en blanco, pero recibirán ideologías y preceptos religiosos, les darán teorías que darán por válidas por el simple hecho de que las aprendieron; cada uno pensará que su país está bien y los otros no tanto. Los moldeará su cultura y su sociedad, comenzarán a determinarlos sus padres, sus maestros, sus ministros de culto. Recibirán valores distintos y es muy probable que cada uno critique los del otro y los señale como incorrectos. Serán, como todos, víctimas de la ceguera ideológica y de la arrogancia cultural. Verán virtudes en sus comportamientos y vicios en los comportamientos idénticos del otro... Y, lo más importante, a cada uno le contarán versiones de la historia, historias sobre ustedes mismos, que inscribirán en sus mentes patrones y condicionamientos de conducta. Cada uno tendrá el potencial de la libertad, pero será esclavo mientras no sea capaz de ver las estructuras que los someten. Ésa es la realidad de todos los seres humanos.

Los ángeles estaban desconcertados, con sentimientos encontrados. La oportunidad de vivir la experiencia humana era la joya más preciada de todo el universo: ser

libres, ser la conciencia de la existencia y poder experimentar ese milagro y ese misterio... Pero al nacer en las condiciones humanas normales también estarían sometidos al sufrimiento, a cometer los mismos errores una y otra vez sin aprender de ellos. Serían, como todos, esclavos de sus condicionamientos. Y ni siquiera se darían cuenta de ello; los dos padecerían lo mismo, pues esa condición no tiene nada que ver con las falsedades que son la nacionalidad y las fronteras.

—Sólo así podrán ver la verdad por sí mismos, que es la única forma de verla —comentó Dios al notar su evidente frustración.

—Pero entonces no podremos ayudar —respondieron los querubines.

—Ellos, ambos, tienen que ayudarse a sí mismos. Nunca ha habido otra forma. Pero les daré un consejo y una facultad para que no estén perdidos. El consejo es que vean la historia... La facultad será justo esa misma: podrán ver y comprender la estructura de la historia, pasear por ella. Podrán ver cómo la construye la mente humana mucho más que la realidad, podrán vislumbrar cómo se ha usado siempre con los intereses más mezquinos, y cómo las mentes colectivas han sido sometidas con la historia. Tendrán la facultad de pasear por esa gran urdimbre que es la historia, pues para poder ser libres hay que derrumbar las estructuras, y para deshacer algo es necesario saber cómo fue hecho. Si observan con atención y sin filtros, podrán ver la verdad... Y la verdad, que no puede ser aprendida ni enseñada, sino experimentada y descubierta, los hará libres.

—¿Y en qué época vamos a nacer? —preguntaron.

—En todas, pues no hay otra forma de entenderlo todo. Vivirán toda la historia —en todo momento, en cada año, en cada periodo histórico— y la observarán por encima de esa ilusión que es el tiempo. Finalmente cada individuo humano es resultado de eso: de cada etapa, de los condicionamientos inscritos en sus mentes por todas las generaciones de sus ancestros; son resultado de todas las versiones que se han tejido y construido a lo largo de la historia. Todos son esclavos de esa ficción a la que llaman *pasado*. Todo el pasado estará en cada uno de ustedes.

Fue así como dos mentes en blanco, como todas las mentes, nacieron como vecinos que lentamente se fueron haciendo distantes por causa de sus visiones completamente distintas del mundo y de la vida, de la riqueza y de la pobreza, del vicio y de la virtud. Dos mentes que comenzaron a cargar con ideas del pasado, a ser un eslabón más en una eterna cadena de esclavitud cultural; dos mentes que comenzaron siendo iguales y se fueron encaminando por senderos diversos, dos lienzos en blanco sobre los cuales se pintaron obras completamente distintas.

Dos mentes que llegaron a hacerse enemigas, que lucharon entre sí y que incluyeron en sus prejuicios visiones totalmente estereotipadas y ficticias de la otra. Dos mentes que necesitan de la otra pero que se niegan a aceptarlo, dos mentes que podrían complementarse pero que se niegan a comprenderse mutuamente sin darse cuenta de que cada una está estructurada por simples discursos, por las historias que a cada una le contaron de ellas mismas.

Pero serían niños... Y en los niños siempre hay esperanza. Son, de hecho, la única esperanza, pero sólo si sus mentes

no son llenadas exactamente con los mismos patrones y condicionamientos que ya tienen las sociedades, y que las tienen exactamente como están.

Juanito y Johncito fueron mexicano y gringo. Dos seres iguales a los que les programaron en su mente las diferencias. La tarea más importante de todo Juanito y de todo Johncito sería eliminar esa programación, quitar capa por capa esa serie de falsas estructuras, todas productos socio-culturales.

Nosotros no dependemos de nada para ser nosotros. Si quitamos la religión seguimos siendo nosotros; si quitamos la ideología, también. Podemos seguir quitando capas: la identidad, las ideas, las convicciones políticas, los discursos moralistas, los miedos y las aversiones, los prejuicios, los anhelos y las esperanzas —porque hasta esos son programados por la sociedad—, las cosmovisiones aprendidas y, desde luego, las historias que nos contamos de nosotros mismos.

Si lo hiciéramos, en el fondo veríamos lo mismo: dos seres, nada más y nada menos. Dos humanos tratando de vivir, enfrentándose a la existencia, y procurando ser felices. Todo lo demás es superficial.